



## QUE HORA ES...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugerencias, ejemplos, incitaciones, perspectivas, noticias, revisiones, antipedagogía

### MI PADRE Y YO

Por A. CARDONA LYNCH

(Envío de R. C. México, D. F., setiembre 1946)

No es la casa que mejor recuerdo, pero es la que más me gusta recordar. Ignoro en qué parte de la ciudad estaba. Ni siquiera sé en qué ciudad, pues si bien ahora, con ayuda de la geografía y la experiencia de los viajes, puedo localizar una cierta ciudad en la cual habité en otra época, en ese entonces no sabía geografía ni había hecho más viajes que los que realizaba con él los domingos. Él era mi padre. Sus ropas y su persona despedían un olor digno, mezcla de tabaco, agua de colonia y autoridad inapelable. Me atraía más que mi madre. Mi madre era inteligible, clara, sencilla, próxima. Era una persona a la cual se podía acudir en cualquier momento a solicitar ayuda, ante la cual se podía llorar o reír abiertamente, sin temor; nada en ella era excesivamente profundo o complicado: siempre asumía la actitud que uno precisamente deseaba. Mi padre era todo lo contrario. Difícil, complicado, profundo, rodeado siempre de problemas extraños a los cuales yo estaba ligado por una especie de fascinación inconsciente y los veía expresados en los libros de su estante, en ciertos ademanes seguros y definitivos que tenía para encender su cigarrillo, en una su severa y ceñuda pulcritud para andar, para comer, para volver las páginas de los volúmenes interminables, para escribir o para hablar. Mi padre vivía rodeado de una multitud de seres confusos, misteriosos, que yo casi veía materializados a su alrededor como una cascada de prestigiosa jerarquía.

Aun cuando la época es lejana, estoy seguro de que los recuerdos inconexos que conservo de ella, me son más fieles que otros recuerdos más próximos.

Está, por ejemplo, el recuerdo de una bicicleta que yo creía enorme y terriblemente difícil de manejar. Esa bicicleta, a la cual yo le veía cierta expresión humana, ceñuda y ensimismada, nos llevaba, a mi padre y a mí, por caminos amarillos sombreados de árboles susurrantes. Caminos profusos, con inesperadas vueltas y pendientes difíciles. Detrás de mí, la respiración de mi padre, infinitamente poderosa, se redoblaba cuando había que subir y se hacía más libre cuando descendíamos a toda velocidad. El viento fresco me ahogaba. Yo hacía como que me asustaba un poco, porque en el fondo, según creía, esto era lo que él deseaba. Me consolaba con frases viriles, conminatorias, y yo volvía a reír alborozado. A veces, si estaba de buen humor, mi padre hacía un ruido con el fondo de la garganta, se-

gún marchábamos, y yo mezclando el suave rodar con aquel rumor acompasado, lo proyectaba en una cierta complicación mecánica y me figuraba a la bicicleta metamorfoseada en una locomotora, en un automóvil y a la mejor hasta en un barco, según era caprichoso el espíritu extraño que me embargaba en tales momentos.

Cuando teníamos la suerte de llegar a un paraje nuevo, mi alegría no tenía límites. Lo bautizábamos inmediatamente, como habíamos hecho con tantos otros sitios descubiertos gradualmente. Aquella era la caverna de un gigante, un ser monstruoso que yo casi veía, con la cabeza apoyada en las rocas que le servían de almohada. En medio del lago, estaba la isla de Robinsón. Una isla que, desde la perspectiva de mi edad, estaba inexplorada, llena de peligros y escondida a la vista de todo el mundo. Mi decepción y mi enojo fueron terribles el día que ví gente caminando pesadamente sobre la virgen superficie de «mi» isla.

Otras veces, cuando llegábamos a sitios donde nada extraordinario había, donde nada podía inventarse, permanecíamos sentados simplemente, sin hablar. Él encendía un cigarrillo y yo mascaba una larga hierba mientras miraba admirado su displicente habilidad para lanzar volutas de un humo maravilloso a través del cual los campos próximos, la luz mañanera fresca de olores y perforada por el melancólico chirrido de los grillos, adquirirían un tinte sumiso, vagamente triste, en el cual yo veía, asombrado, una muestra de la autoridad de mi padre.

A veces me relataba historias. Me gustaban, pero estoy seguro que lo que disfrutaba más era lo que me sugerían; no precisamente sus temas, sus argumentos, sino el timbre de la voz de mi padre, su actitud soñadora, el aislamiento delicioso que nos rodeaba.

En ocasiones comíamos un bocado en un ventorro cualquiera y no regresábamos a casa sino al oscurecer. Cuando esto sucedía, mi regocijo era inmenso, pues no solamente era en tales oportunidades cuando podíamos ir más lejos, sino también cuando permanecíamos más tiempo fuera del hogar, cosa que para mi edad significaba una libertad mayor que la que yo hubiera podido exigir. Durante esos paseos, acostumbábamos a bañarnos en los ríos, a subir a los árboles para cortar frutos, a correr y saltar por los campos inundados de luz y de viento. A veces llevábamos comida preparada



Rafael Cardona

(Hacia 1929)

\*

"Finalmente (o en primer lugar) le mando esa joyita que salió del corazón de mi hijo Armando, quien según la crítica nacional está consagrándose rápidamente por el alcance de sus sondeos y por la forma casi madura de su prosa. Hace poco "corrió el riesgo" de ser triunfador en el concurso anual de la Novela LANZ DURFT, cuyo premio se adjudica entre escritores jóvenes. Hubo larga disputa entre los jurados y se resolvió que el premio se le concediera a una mujer mexicana, de talento, que escribió *El Jagüey de las Ruinas*. Le encargo mucho su reproducción, por él, no por mí; aunque no le callo que estoy orgulloso de que el hijo me vea así, como el me vió".

RAFAEL CARDONA  
(Fragmento de carta,  
México, D. F., sin fecha)

por mi madre y la devorábamos junto al río frío y límpido, a la sombra de peñas sin geología posible, mientras el riachuelo susurraba monólogos misteriosos que mi padre escuchaba casi tan ensimismado y abstracto como yo. Esas actitudes de mi padre eran lo que más me conmovía, produciéndome una especie de triste sensación de sabiduría, una convicción recóndita de la fuerza de la naturaleza y también de mi propia fuerza, sentimientos a los cuales contribuía la actitud pensativa, llena de sensibilidad, de mi padre. En tales momentos desaparecía entre él y yo toda diferencia convencional. Éramos dos niños, pensativos y asombrados, ebrios de sol y de viento, que escuchaban con modestia las antiguas voces de la naturaleza, que tenían una tranquila conciencia de la felicidad y que, conmovidos, no se atrevían a mirarse a los ojos, clavando éstos en las aguas inquietas y sintiendo en el fondo del pecho el exaltado latir del corazón.

No sé hasta qué grado mis sensaciones y pensamientos de entonces eran semejan-